

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam mérito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et justitiae
partes tuas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

CÓRTESES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 27 de Mayo de 1870.

PRESIDENCIA DEL SR. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión a las dos, se leyó el acta de la anterior por 63 votos.

Continuó el debate sobre la ley niveladora de los institutos, y admitida una enmienda del Sr. Gil Vireda al art. 2.º se aprobó el resto del proyecto sin más discusión.

Poseo al debate el proyecto de ley de arreglo de las carreras diplomáticas, consular y de intérpretes. El Sr. ORTIZ DE ZARATE: Es indudable, señores diputados, que necesitamos reglamentar todas las carreras de empleados públicos; pero este proyecto adolece del mismo defecto que el de los aranceles notariales. Es un proyecto aristocrático, en el que toda la importancia se da a una carrera, a la diplomática, que es a la que se da entrada en el ministerio, y no comprendo qué motivos hay para no dar entrada en ella a la carrera consular, que es hoy de una gran importancia y podía tener su natural colocación en el negociado que tuviera relación con el servicio que desempeña.

La carrera consular, además de las importantísimas funciones que desde luego desempeña, tiene que ejercer ciertos actos que tienen carácter judicial y notarial, por lo que los individuos que a ella se dedican es indispensable que conozcan el derecho, además de los estudios especiales que para esa carrera se necesitan, lo que ciertamente los hace merecedores a que se les tenga alguna más consideración. Ruego, pues, a la comisión, reforme el proyecto en el sentido que he indicado, dando a la carrera consular la importancia que se merece.

El Sr. ALVAREDA: El Sr. Ortiz de Zarate padece un error en lo que acaba de manifestar, puesto que los agentes diplomáticos y consulares no son dos cuerpos separados, sino que se hallan íntimamente relacionados entre sí. En la marcha de la civilización moderna, a medida que van desarrollándose las relaciones entre los diferentes países, la diplomacia va perdiendo el carácter personal que tenía en las antiguas monarquías, viniendo esto a dar por resultado que los ministros plenipotenciarios vayan sustituyendo a los embajadores; y precisamente con esa clase de agentes diplomáticos se relacionan naturalmente los cónsules, a quienes no se niega la entrada en el ministerio, como S. S. dice, porque el cónsul general se halla ya en la categoría conveniente, dándosele por la ley la entrada que S. S. desea. Si lo que desea S. S. es que la tengan todos, eso no puede ser; es preciso que se establezca alguna regla para llegar a ciertos puestos; y del mismo que se exigen determinadas condiciones para los que han de entrar desde luego en la carrera diplomática, no puede menos de determinarse que en los cónsules concurren las circunstancias que demuestran su aptitud.

El Sr. ORTIZ DE ZARATE: En la ley no se da entrada en el ministerio de Estado mas que al cuerpo diplomático, pero no al consular, que se halla separado de aquel; é insistió en que no hay razón alguna para que a la carrera consular no se le dé la entrada correspondiente en aquellas plazas que tienen relación con el cargo que desempeñan.

El Sr. ALVAREDA: Sin duda no he acertado a explicarme con la claridad debida, cuando S. S. no me ha entendido. En la carrera consular se puede llegar a tener entrada en la secretaría de Estado, pues los cónsules generales la tienen.

El Sr. ORTIZ DE ZARATE: Debo manifestar que no pido ningún privilegio para la carrera consular, sino únicamente que se les dé entrada en aquellas plazas que estén a la altura del cargo que desempeñen, y en este sentido desearía que se reformara la ley.

Sin más debate, y previa la oportuna pregunta, quedó aprobado el proyecto, anunciándose que pasaría a la comisión de corrección de estilo.

Se puso a discusión un proyecto de ley de pensión a la viuda del Sr. Castells, que falleció en Toledo, víctima del cólera.

El Sr. Gil Vireda combatió el proyecto.

Se desechó el proyecto.

Continuó el debate sobre la ley de organización provincial.

El Sr. Pascual y Genis apoyó una enmienda, que se tomó en consideración.

Leída una del Sr. Calderón y Herce, en que se proponía la supresión de las dietas para las comisiones provinciales, dijo en su apoyo.

El Sr. CALDERÓN Y HERCE: Aunque la Cámara ha desechado ya una enmienda del Sr. De Pedro, con la que tiene algunos puntos de contacto la que

se acaba de leer, confío en que esta no ha de correr igual suerte, porque supongo que se habrá desvanecido ya el efecto que produjo en los señores diputados la amenaza que el Sr. Herrero lanzó a nombre de la comisión, y en la que no creo que estuviese muy acertado; porque si todas las comisiones procedieran de igual modo, no sé qué sería de los Parlamentos. ¿No recuerda S. S. lo que ha pasado con la comisión de ley electoral, que ha visto desechados sus artículos una y otra vez?

La enmienda del Sr. De Pedro no se concretaba tampoco única y exclusivamente a las dietas, sino que abrazaba otras cuestiones de mucha importancia, y esta es otra consideración que me infunde la esperanza de que será admitida la mía. Las dietas no son otra cosa que un gravamen más para las provincias, que se encuentran ya bastante sobrecargadas y sin recursos para atender a sus muchas necesidades.

Por otra parte, las dietas han de llevar al seno de la diputación grandes perturbaciones, porque desde el momento en que los cargos de la comisión sean retribuidos todo será intriga para obtenerlos. Además, una vez consignado este principio para las comisiones provinciales, le tendremos dentro de poco para los diputados a Cortes.

En todo caso, admitidas las dietas debieran ser solo para aquellos diputados que no residan en la capital, para los que tuvieran que abandonar sus casas al ir a formar parte de esa comisión. No soy partidario de las dietas; pero reconozco que serían más aceptables en este caso. Lo general, sin embargo, será que las comisiones permanentes las formen los que residan en la capital, y sin embargo se les va a dar un sueldo, equiparándolos a un servidor del Estado. Desde el momento en que esto se haga, tendré entendido que existirá una comisión que siga ciega los deseos del gobernador de la provincia.

El Sr. HERRERO (D. Sabino): Empezaré repitiendo la declaración que hice en la sesión anterior, y que el Sr. Calderón y Herce ha calificado de amenaza. Manifiesto entonces que nos consideramos insignificantes para lanzar una amenaza que hubiera sido ridícula; el motivo de aquella declaración era una apreciación de decoro. Yo creo que cuando las Cortes no aceptan el pensamiento de una comisión, se halla autorizada para resignar su cargo, sobre todo cuando ese pensamiento es tan capital que sirve de base a todo el proyecto.

Es extraño lo que en esta cuestión está sucediendo: acérrimo defensor yo de las economías y de todo lo que pueda favorecer a los pueblos, porque lo que a ellos les perjudica me daña a mí también, me veo acusado por individuos justamente de un partido que no se ha señalado por su extraordinario afecto a las economías. Si esta ley fuera solo temporal, comprendería el cargo, que se funda en las circunstancias presentes; pero tratándose de una ley fundamental y permanente, es incomprensible esa acusación, porque no se puede examinar con el criterio de las circunstancias.

Como no me propongo renovar el debate que acerca de esto ha habido ya en la Cámara, prescindiré de algunas de las consideraciones que ha expuesto S. S., limitándome a manifestar que no sé por qué ha de suponerse que una vez consignadas las dietas ha de dar lugar esto a grandes intrigas para alcanzar esos cargos.

Ya he dicho también que no hay analogía entre los diputados provinciales y los alcaldes.

Pero el Sr. Calderón y Herce ha venido a darnos una de las principales razones que la comisión tiene para proponer las dietas. Dice S. S. que lo general es que formen las comisiones permanentes los diputados provinciales que tienen residencia en la capital; y justamente a destruir ese funesto predominio de los que se encuentran en ese caso sobre el resto de los diputados provinciales es lo que se encamina el principio de las dietas, porque así podrán tener entrada en esa comisión los diputados provinciales que no residen en la capital.

No hay, por tanto, fundamento alguno para los temores que se manifiestan.

El Sr. CALDERÓN Y HERCE: Ha supuesto el señor Herrero que el partido en que estoy afiliado es poco amigo de las economías. Cuando S. S. quiera entrar en este debate, podremos hacerlo de un modo directo y no incidentalmente y de soslayo.

Insiste el Sr. Herrero en negar que sea una amenaza la que lanzó en el día anterior; pero yo no puedo menos de considerarla así cuando trata de dimitir cargos.

Concluiré haciendo una pregunta al Sr. Herrero: ¿creo S. S. tan indispensables las dietas, que no puedan existir las comisiones provinciales sin ese requisito?

Los Sres. Herreros (D. Sabino) y Calderón rectifican.

Procediéndose a la votación nominal a petición de suficiente número de señores diputados, resultó tomarse en consideración la enmienda por 67 votos contra 60.

Publicado este resultado, dijo el Sr. HERRERO (D. Sabino): La comisión retira todo el dictamen sobre el proyecto de organización provincial. (Murmuros. Varios señores diputados piden la palabra.) La comisión tiene manifestado terminantemente que considera de tal manera ligado todo el mecanismo de su proyecto, que basta que sea desechado un solo artículo para que no pueda sostenerse ya su dictamen. (Siguen los rumores.) Ruego a las Cortes que me oigan. Nadie tiene derecho para imponer a la comisión un criterio que no esté en su conciencia. (Una voz: La Asamblea.)

El señor PRESIDENTE: Orden, señores diputados.

El Sr. HERRERO (D. Sabino): La Asamblea puede desear lo que la comisión proponga; pero no puede obligarnos a aceptar determinadas ideas cuando nosotros tenemos otras diferentes. Estas las hemos defendido; y habiendo sido desechadas por la Cámara, lo que se deduce es que no hemos acertado a interpretar bien su pensamiento; y en ese concepto retiramos el dictamen en los títulos 2.º y siguientes, pues claro está que no podemos retirar el 1.º, ya aprobado por las Cortes. El reglamento autoriza a la comisión para obrar de la manera que he indicado. El Sr. Díaz Quintero advirtió que la enmienda solo se había tomado en consideración, y correspondía discutirla.

El señor presidente aconsejó a la comisión que continuase en su puesto, toda vez que la enmienda no afectaba a otros muchos artículos de la comisión.

El Sr. Herrero pidió que se discutiera solamente la enmienda, con independencia del artículo.

Así lo acordaron las Cortes.

El Sr. Herrero dió por reproducidos los argumentos que había expuesto en contra de la enmienda.

El Sr. Calderón Herce dió también por reproducidos los suyos.

Puesta a votación nominal, fué desechada por 80 votos contra 72 en esta forma:

Señores que dijeron no:

Llano y Párriz.—Rius.—Rivero (D. Nicolás).—Echeagary.—Damato.—Alcalá Zamora (D. Luis).—Gil Vireda.—González de Paz.—Ulloa (D. Juan).—Peset.—Villalobos.—Becerra (D. Manuel).—López Botas.—Rojas.—Rubio (D. Leandro).—Alcalá Zamora (D. José).—Alvarez Sotomayor.—Baeza.—Monteverde.—Coll y Moncali.—Escorial.—Garrido (D. Fernando).—García Gómez.—Valdés Linares.—Morales Díaz.—Balaguer.—Carrasón.—Rubio Carrasón.—Herrero.—Pérez Zamora.—Montejo.—Moreno Bonítez.—Anglada.—Prieto.—España.—Hernández Arbizu.—Barton.—Corvera.—Forrer y García.—Cabello.—Mata.—Masa.—Francia.—Alonso.—García Ruiz (D. Gregorio).—Uzurriaga.—Bárcia.—Moreno Rodríguez.—Carrasco.—Guzmán (Santa Marta).—Herreros de Tejada.—Mosquera.—Torres Mena.—Robert.—Sorni.—Rubio (D. Federico).—Compte.—Pellon y Rodríguez.—González Olivares.—Aisina.—Chao.—García López.—Lardiz.—Jimeno.—Fernández de Górdova.—Rodríguez (D. Gabriel).—Molini.—Martos.—Baldorioty.—Padial.—Solier.—Castellar.—Abarzuza.—Figueroa.—Benot.—Pico Domínguez.—Tutau.—Díaz Quintero.—Coronel y Ortiz.—Muñoz de Sepúlveda.—Señor presidente.

Total, 80.

Señores que dijeron sí:

Navarro y Rodríguez.—Curiel y Castro.—Calderón y Herce.—Irañzo.—Romero Robledo.—De Pedro.—Salmerón.—Nieuwant.—Franco del Corral.—Estrada (D. Luis).—Elduayen.—Rivero (D. José Vicente).—Dávila.—Ruiz Zorrilla (D. Francisco).—Barca.—Eraso.—Fuente Alcazar.—Alarcon.—Pastor y Landero.—Rodríguez Leal.—Alonso.—Vado.—Guzmán y Manrique.—Montero Telling.—Delgado Pastor.—Vázquez Curiel.—Torre y Moya.—Gómez de Encinas.—Merelles.—Jalon.—Garrido (D. Joaquín).—García (D. Diego).—Gomis.—González Alegre.—Rodríguez Moya.—García Ruiz (D. Eugenio).—Rodríguez (D. Gaspar).—Pérez Cantalapiedra.—Rosell.—Palau.—Marqués de Figueroa.—Navarro y Ochoteco.—Riber.—González del Palacio.—Fernández Llamazares.—Paradela.—Marqués de Santa Cruz de Aguirre.—Santiago Puig.—González Marrón.—Mesia y Elola.—Argüelles.—Santamaría.—Diezguerra Amoeiro.—Martínez Ricart.—Barrenechea.—Saavedra.—Vázquez de Puga.—Chinchilla.—Marquina.—Silvela (D. Francisco).—Santa Cruz.—Cisneros.—Gaston.—Carballo.—Ríos Rosas.—García de Quesada.—Ochoa (D. Cruz).—Pascual y Silvestre.—Vázquez Olivares.—Fernández Vallín.—Leon y Llerena.

Total, 72.

Casi todos los federales votaron contra la enmienda y en favor del dictamen de la comisión.

El Sr. Torres Mena defendió otra enmienda para que se rebajasen las dietas, no pagando a los diputados de la comisión provincial más que aquellas que devenguen en los días que se reúna.

El Sr. Morales Díaz, de la comisión, dijo que no podía admitir la enmienda, aunque si hacer algunas variaciones en los artículos a que se refería, respecto a los secretarios de las comisiones provinciales.

El Sr. Torres Mena retiró la enmienda.

Fueron admitidas por la comisión 11 enmiendas, sin discusión.

El Sr. Silvela (D. Francisco) apoyó otra enmienda dando garantías a los funcionarios de las diputaciones que obtienen sus cargos por oposición.

El Sr. Morales Díaz, de la comisión, dijo que no la admitía.

Procedióse a la votación y fué aceptada por 75 votos contra 35.

El Sr. Rebullida apoyó otra enmienda sobre las atribuciones de los presidentes de las diputaciones. El Sr. Herrero, de la comisión, le contestó que no la admitía.

Y fué desechada la enmienda.

Y se levantó la sesión.

Eran las siete y cuarto.

PARTE EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Hacas-Bullier.)

LONDRES, 27.—Telegramas oficiales del Canadá confirman la derrota de los fenianos cerca de Franklin. Los fenianos han perdido tres muertos y diez heridos.

PARIS, 27.—A primera hora se cotizaban: 3 por 100 francés, a 74-60. 3 por 100 interior español, a 26 1/4. 3 por 100 exterior, id., a 26 1/4. 3 por 100 id., id., 1869, a 30-3/8. Crédito mobiliario español, a 451.

BARCELONA, 25.—En la Bolsa se cotizaban: Consolidado, a 27-65. Diferido, a 27-60. Bonos a 68-40. Subvenciones, a 51-05.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 28 DE MAYO DE 1870.

JUNTA CENTRAL CATOLICO MONARQUICA.

ADHESIONES.

Ha sido remitida por D. Francisco Megias la siguiente adhesión.

Elche, 9 de Mayo de 1870.—Ejcmo. señor presidente de la Junta central.—Los que suscriben, entusiastas defensores de la bandera Dios, Patria y Rey, simbolizada en la augusta persona de nuestro dignísimo rey D. Carlos VII de Borbon y de Este, y a falta de una Junta que dignamente la represente a la gran comisión católica-monárquica de esta villa, faltarian a su deber si no elevasen su humilde voz para declarar adhesión inquebrantable al solemne acuerdo tomado en Vevey por nuestros representantes en la reunión del 18 de Abril último, ante nuestro amadísimo rey, protestando fidelidad a tan noble enseña.

Dignese V. E. ponerlo en conocimiento de la Junta central para los efectos conducentes.

Aprovechamos esta ocasión para ofrecernos de V. E. atentos S. S. Q. B. S. M.—Francisco Asencio, José Albarán, Pedro Molina, Francisco Asencio, Juan Asencio, Antonio Sánchez, Antonio Jimenez, Antonio Sansano y Salvador, Juan Agulló, F. Modesto Aznar, Antonio Asencio, Antonio Mirá, Antonio Asencio y Pérez, Bernardo Asencio, Miguel Roman y Anton, Cayetano Agulló, Antonio Albarán, Isidro

Asencio, Salvador Díez, Vicente Blasco, José Blasco, Juan Martínez, José Bernat Martínez, Jaime Soler, José Gollano, Gines Ayala y Anton, Gaspar Torre, Marcelo Ruiz y Martínez, José Ruiz y Martínez, José Ruiz y Gómez, José Juan y Alfonso, Pascual Pomares y Baeza, Pascual Pomares y Roman, Manuel Cerdá y Cortés, Francisco Canas y Macia, Esteban Parres y Pascual, José Canas y Macia, Pedro Oliver y Hernandez, Carlos Torres, Antonio Serrano y Valero, Francisco Agulló y Ruiz, José Díez y Torres, Salvador Díez y Pomares, José Blanco y Martínez, Miguel Molló y Pastor, Juan Díez y Mollá, José Leva y Fuentes, José Romero.

Jaime Sempere, Eugenio Gonzales, Antonio Bordonado, Pascual Vicente, Salvador Sanchez, Ramon Anton Canals, Fernando Gonzalez, Diego Pascual y Garcia, José Rodriguez, Juan Aznar, Miguel Anton, Tadeo Peral, Vicente Palomares, Vicente Vives, Lorenzo Serrano, Vicente Serrano y Agueda, Vicente Serrano y Alemañ, Rafael Escribano y Botella, Juan Bernard y Mecha, Diego Roman y Agueda, José Navarro y Torro, Roque Perez y Navarro, Agustín Miralles y Sanchez, Diego Juliá y Más, Marcelo Ruiz y Martínez, Pedro Aznar y Mendiola, Francisco Serrano y Torres, Salvador Sempere y Alfonso, Pedro Bons y Anton, José García y Berenguer.

Antonio Segarra, Antonio Asencio y Pascual, Antonio Boix, Antonio Sanchez y Serrano, Antonio Covas, Antonio Calambre, Antonio Miralles, Antonio Garrigós, Antonio Mira, Antonio Cayuñuelas, Antonio Serrano y Candela, Antonio Pomares, Antonio Juan, Antonio Cascales, Francisco Aznar, Francisco Guilla-bert, Francisco Ruiz, Francisco Roman, Jaime Bordonado, Jaime Parres, José Amorós, José García, Juan Valero, José Boix, Juan Urban, Juan García, José Gilabert, Juan García, José Sanchez y José Navarro, José Gonzalez y José Gilabert, Juan Más, Juan García, José Aznar y Martínez, José Sabuco, José Serrano y Maceo, José Más y Díez, Juan Gonzalez y Candela, José Peral, Matias Boix, Mateo Sempere, Manuel Ibarra, Miguel Anton, Manuel Pomares, Miguel Serrano y Alemañ, Salvador Pareja, Salvador Serrano y Candela, Salvador Serrano y Salvador Botella, Gines Sanchez, Ignacio Sempere, Miguel Parres, Ramon Brotons.

Antonio Palomares, Antonio Macia, Andrés Valero y Santos, Antonio Jimenez, Antonio Lopez y Gonzalez, Bernardo Roman, Blas Goves, Eugenio Pascual, Cristóbal Alverola, Esteban Boix, Elias Sempere y Botella, Francisco Calvo, Francisco Mendiola, José Pascual, José Valero y Valero, Jaime Valero, José Vidre, Joaquín García, José Pascual, José Lafuente, José Belzo, José Vicente, José Sempere, Juan Pomares, José Canales, José Sempere, Juan Pomares, José Molina, Juan García y Gamero, José García y Gamero, José Mora, José Cascales, José Sanchez, Juan Hernandez, Juan Ruiz y Martínez, Juan Botella, José Botella, Juan Agulló, José Cascales y Hernandez, Tomás Calvo, Rafael Valero, Gerónimo Serraga, Tomás Pascual, Vicente Díez, Ramon Gilabert, Ramon Quirant, Vicente Blasco, Miguel Esquetino, Sebastian Perez y Alverola, Francisco Molló y Agulló, Manuel Garrigós, Luis García, Francisco Pascual y Sempere, Francisco Canals Canals, Francisco Covas, Francisco Garrigós, Cayetano Ruiz y Sifredo, Francisco Orts, Francisco Moxica, Francisco Vives, Francisco Marco, José Candela, Cayetano Díez, José Pastor, José Calvo, José Calambre, José Escribano, José Aznar y Torres, José Pascual, José Díaz y Canals, Juan Martínez, Jaime Covas, Antonio Castañón, José Jacn y Torres, José Guilaert y Galiano, Gerónimo Pascual, Gerónimo Brotons, Gerónimo Peña-lva, Gerónimo Ibañez y Mira, Pascual Molina, Pascual Quirant, Pedro Bernabén, Pedro Campoello, Pascual Moxica, José Masbien, Salvador Díez, Pascual Cayuñuelas, Roque Cayuñuelas, Antonio Cayuñuelas, Pascual Selva, Luis García, Vicente Serrano, Tomás Navarro, Rafael Macia, Cristóbal Mendiola y Sanchez, Jaime Esquitiño, Domingo Santoro.

prohibiremos, y, como siempre nos ha obedecido, de seguro no volverá.

—Como quiera que sea, si vuelve y este escándalo continúa, no solo la prenderé a ella, sino a vosotros, dijo el terrible comisario volviéndose amenazador y despidiéndoles con un ademán.

En el momento en que salieron Bernardita y su padre se escaparon gritos de satisfacción de la muchedumbre, que hasta que entró la niña en su casa no se dispersó.

El comisario de policía y el recaudador, una vez solos, se comunicaron sus impresiones sobre tan extraño interrogatorio.

—Qué inquebrantable firmeza en sus respuestas! gritaba el Sr. Estrada, poseído de profundo asombro.

—Qué invencible obstinación en su mentira! respondía Jacomet, estupefacto al verse vencido.

—Qué acento de verdad! continuaba el recaudador. Nada ha desmentido una sola vez en su lenguaje ni en su actitud. Es evidente que ha creído ver.

—Qué inteligencia más astuta! repetía el comisario. No he conseguido cortarla, a pesar de mis esfuerzos. Se conoce que posee su papel al dedillo.

Por otra parte, tanto el comisario como el señor Estrada persistían en su incredulidad, relativamente al hecho de la Aparición, pero una

diferencia separaba sus dos negaciones, diferencia que era un abismo. Este la creía de buena fé en medio de su ilusión; aquel la suponía diestra en su mentira.

—Es hábil, decía el primero.

—Es sincera, decía el segundo.

IX.

A pesar de su impotencia contra las respuestas sencillas, precisas y sin contradicción de Bernardita, el Sr. Jacomet había sacado al fin de aquella larga lucha una ventaja decisiva; había asustado vivamente al padre de la Vidente, y comprendía que, por aquel lado, era dueño de la situación, aunque solo fuese por el momento.

Francisco Soubirous era un buen hombre, pero distaba mucho de ser un héroe. Ante la autoridad oficial tímido, como lo son, por lo común, las personas de la clase baja y los indigentes, para los cuales el menor proceso es un desastre inmenso, a causa de su miseria, y porque conocen su absoluta impotencia contra la arbitrariedad o la persecución. Creía, ciertamente, en la realidad de las Apariciones; pero no comprendiendo lo que encerraban, no midiendo toda su importancia, y experimentando al mismo tiempo cierto terror ante lo extraordinario, no veía un gran inconveniente en oponerse a la vuelta de

ellas, sospechando una impostura en materia tan grave y tan sagrada, se expresaba con bastante dureza, tratando todo aquello de maulería.

—Mala muchacha, la decía, estás haciendo allí un indigno carnaval en el santo tiempo de la Cuaresma.

Otras personas que la vieron en las horas de recreo, la acusaban de querer pasar por una santa y de entregarse a un juego sacrilego, añadiéndose la burla de algunas compañeras de la escuela a los amargos reproches y a las humillaciones que la abrumaban.

Dios quería probar a Bernardita. Habiéndola inundado de consuelos los días precedentes, quería, en su profunda sabiduría, dejarla por algún tiempo en completo abandono, siendo el blanco de burlas y de injurias continuas, y ponerla, sola y desamparada, enfrente de la hostilidad de todos los que la rodeaban.

La desdichada niña sufría cruelmente, no solo con aquellas contradicciones exteriores, sino quizá más todavía con las angustias interiores de su alma.

Aquella infantil pastora, que no había conocido en su vida, tan corta todavía, más dolores que los físicos, entraba en un camino más alto y comenzaba a sufrir otros tormentos y otras amarguras. Por un lado, no quería desobedecer ni a la autoridad de sus padres ni a la de las religiosas,

—No; no lo he contado así, no podía hacerlo, porque no es la verdad.

Y el comisario se veía obligado siempre a ceder a las reclamaciones de la pastorcilla.

Admirable era la seguridad modesta e invencible de aquella niña! El Sr. Estrada la observaba con creciente sorpresa. Personalmente, Bernardita era y parecía extremadamente tímida; su actitud era humilde y aun un poco confusa ante toda persona desconocida para ella. Y, sin embargo, en todo lo que concernía a la realidad de las Apariciones, manifestaba una fuerza de alma y una energía de afirmación poco comunes. Cuando se trataba de atestiguar lo que había visto, respondía sin turbación, con impasible seguridad. No obstante, aun en estas ocasiones, era fácil adivinar el virginal pudor de un alma que hubiera querido ocultarse a todas las miradas. Veíase a todas luces que únicamente por respeto a la verdad interior, cuya mensajera era entre los hombres, por amor a la «Señora» aparecida en la Gruta, triunfaba de su habitual timidez. Nada menos que el sentimiento de su misión se necesitaba para vencer en ella la inclinación íntima de su naturaleza, tímida para cualquier otra cosa y enemiga del brillo y del bullicio.

El comisario tornó a las amenazas.

—Si te obstinas en volver a la Gruta, te hago

—Ntra. Sra. de Lourdes.

LO QUE SE VA Y LO QUE VIENE.

Por una rara casualidad, durante una temporada no muy larga por cierto, poco ó nada se ha hablado de temores de que se turbara esto que se llama el orden público; mas de algunos días á esta parte vuelven á estar en boga los rumores de conspiraciones, y los periódicos, apoderándose de esos rumores y comentándolos á su capricho, llevan la alarma á todas las clases de la sociedad.

Quién dice que los partidarios de la dinastía destronada en Setiembre han empezado sus trabajos en grande escala para probar fortuna antes de que empiece el tercer año de la era de la gloria; quién que los montpensieristas, perdida ya toda esperanza de que se cumplan los pactos que precedieron al alzamiento de Cádiz, están en vísperas de hacer una nueva vicalvarada, y que al efecto hace ya días que ciertos personajes influyentes en la misma hacen viajes misteriosos á determinadas capitales de provincia; quién, en fin, asegura que los carlistas están dando la última mano, por decirlo así, á sus trabajos de conspiración para lanzarse al campo inmediatamente; y no hay quien atribuya á los republicanos iguales proyectos, porque la situación de ese partido no es hoy á propósito para distraerse en semejantes entretenimientos.

Queremos suponer por un instante que todos esos rumores carecen por completo de fundamento, y que son únicamente ardores de que se valen los ministeriales y las oposiciones para combatirse y desmentarse. Será así, pero detengámonos un momento á meditar las consecuencias que producen en el país esos anuncios de próximos trastornos. Entre las personas más allegadas á las esferas oficiales, ó que por sus relaciones están en disposición de averiguar si es ó no cierto que el orden está en peligro, los susodichos rumores no causarían, á lo sumo, mas que un efecto pasajero. Pero la inmensa mayoría de la nación acostumbrada á que con más ó menos exactitud se realizan frecuentemente los funestos pronósticos de los periódicos y de los noticieros, no oye con la misma indiferencia con que pueden oírse en algunos círculos de Madrid, por ejemplo, los anuncios de próximas revueltas. La intranquilidad se apodera de los ánimos, las gentes acomodadas se preparan para ponerse á salvo de cualquier peligro, retiran sus capitales de la circulación, suspenden los negocios que no sea indispensable proseguir, y muchas se alejan del punto de su habitual residencia. Pronto la intranquilidad de las clases más acomodadas pasa á las que no lo son tanto, y por lo mismo sienten más sus efectos, y llega hasta las más modestas, y se esparce un malestar general que paraliza la vida de las ciudades y de los pueblos, y lleva á las clases menos ilustradas una especie de desesperación, que les hace exclamar cuando oyen hablar de temores de levantamientos: «¡Ojalá sea mañana, porque esto no es vivir!»

Esto lo oyen nuestros lectores y lo oímos todos á cada paso, y no podemos menos de decir en el fondo de nuestro corazón: «En efecto, esto no es vivir.» ¡Oh! Si el Gobierno reflexionase cuánto daño le hacen las noticias que quizá él mismo manda propagar á sus amigos y á sus periódicos, es probable que pusiera empeño en que los periódicos y los amigos hablaran muy de distinto modo. Sólo la idea de que son posibles los trastornos bajo un Gobierno cualquiera que sea y por fuerte que parezca basta para animar á los descontentos á probar fortuna fuera del camino del legalidad. Y cuando esa idea es general y se sostiene un día y otro y otro, el Gobierno acaba por ser vencido tal vez á la hora menos pensada, cuando más confianza tiene en sus propias fuerzas, cuando cree poder estar más seguro de la lealtad del ejército y de los generales que le rodean.

«¡Esto se va!» dijo algunos años antes de la revolución de Setiembre un ilustre orador, y esas palabras se repitieron desde la capital de la monarquía hasta la última aldea y en fuerza de repetirlas aunque no todos estuvieran poseídos de los motivos que había para ello, entró el desaliento hasta entre los más interesados en que aquello no se fuese, entró duda, y andando el tiempo, aun entre las gentes que se dispensan de la molestia de pensar pasó á ser creencia casi indiscutible que

aquello no se podía sostener por más esfuerzos que se hicieran. Y he aquí la explicación más sencilla, pero al mismo tiempo más exacta, de que todo el orden de cosas existente antes de la revolución de Setiembre desapareciera al estampido de unos cuantos cañonazos disparados del otro lado del puente de Alcolea. Y más de cincuenta mil hombres fieles en su mayor parte á donña Isabel II, como dominados por una especie de fatalismo y dóndose de su suerte se cruzaron de brazos ante un puñado de revoltosos, y dejaron que *aquello* se fuera, y contemplaron muchos de ellos con dolor, pero todos en absoluta inacción, la salida de su reina. No les preguntaremos si por ventura no se consideraban capaces de contrarrestar el movimiento de Setiembre, si acaso sus generales valían menos que Serrano, Prim y Caballero de Rodas. La mayor parte no pensó en nada de eso, no pensó en otra cosa que en la fuerza moral de la opinión unánime del país que hacia años que estaba repitiendo: «¡Esto se va!»

Pues bien; hoy la opinión general del país se encuentra, con respecto á la situación presente, en semejante caso al en que se encontraba con respecto al Gobierno de donña Isabel antes de la revolución de Setiembre, pero con la diferencia de que es mucho más general que entonces la creencia de que esta situación es insostenible, sin duda porque es mucho menor el número de los que están interesados en sostenerla.

No sabemos qué fundamento tienen los rumores de conspiraciones que se atribuyen á los alfonsinos y á los montpensieristas y aun á los carlistas; pero desde luego afirmamos que basta la creencia general de que la revolución de Setiembre está tocando á su término, para que los más refractarios á todo plan de insurrección se animen y piensen en lo que jamás pensaron. Basta esa creencia general para que los partidarios del actual Gobierno desfallezcan, y el desfallecimiento del enemigo alienta á su enemigo y le hace acometer empresas que en otro caso hubiera creído imposibles.

Si, de la misma manera que el destronamiento de donña Isabel II era un hecho que de antemano contaba con el asentimiento de muchos y con la indiferencia de los más, hoy la contra revolución está hecha en la opinión de todas las gentes sensatas; pero al indiferentismo con que se veía venir la revolución de Setiembre, ha sucedido hoy un deseo vehemente de que la revolución concluya y concluya de veras para siempre. Los que con su indiferencia dieron antes el triunfo á los insurrectos de Cádiz y Sevilla, han tomado ya partido, y alocados por una triste experiencia se hallan dispuestos á obrar como más conviene á los intereses permanentes de esta sociedad desquiciada por treinta y seis años de revolución unas veces mansa y otras veces fiera.

Se equivocaron grandemente los alfonsinos y los montpensieristas si creyeron que podrían abusar de la opinión anti-revolucionaria del país, de la misma manera que los revolucionarios de Setiembre abusaron de la opinión contraria al orden de cosas existente en aquella fecha. El tiempo no pasa en vano, y ha llegado ya por fortuna la hora de que los campos se deslinden y figure cada cual con la cara descubierta en el que le corresponde. Liberales conservadores, y liberales no conservadores, todos son ya unos á los ojos del país, que no desconoce la filiación de los unos con los otros. Los primeros sientan las premisas, los segundos sacan las consecuencias, y la España católica y monárquica reniega con igual horror de unos y otros.

Se equivocan los que, amoldándose á las circunstancias, dan un tinte más ó menos subido de conservaduría á sus ideas. España no ha de favorecerse ni siquiera con su indiferencia, y en cualquiera eventualidad, al grito de abajo el Gobierno actual! contestará siempre ¡Viva la monarquía de veras! ¡Viva el orden verdadero! ¡Viva Carlos VII!

OTRA NUEVA CONTRIBUCION.

Las Cortes Constituyentes, siempre atentas al bien del pueblo, adoptaron ayer un aumento de algunos millones de reales en los gastos, aprobando las dietas para las comisiones de las diputaciones

provinciales. Y cosa particular; la sesión había sido monótona y lánguida, pasando artículos y enmiendas con asombrosa rapidez; pero en cuanto se vió la resistencia á un nuevo recargo en los gastos, cuando se vió que muchos diputados se oponían á un aumento excesivo en el ya exorbitante y escandaloso presupuesto, todo cambió, la sesión llegó á ser más que animada turbulenta, haciendo grandes esfuerzos los ministeriales para sacar triunfantes las dietas.

Opúsose á ellas por medio de una enmienda el Sr. Calderón y Herce. Hablaba este diputado de la penuria del país, del descontento que produciría la disposición de que sea retribuido el cargo de diputado provincial; decía que esto aumentaría las intrigas y escándalos electorales, y que sería un paso para que más tarde se concedan también dietas á los diputados á Cortes.

Después de contestar el Sr. Herrero, de la comisión, se procedió á votar la enmienda, que fué tomada en consideración por 67 votos contra 60. Este resultado desconcertó á los ministeriales y á la comisión, que ya creían su derrota segura; así que el Sr. Herrero se apresuró á decir que la comisión se retiraba y no sostenía el artículo, ni la ley, porque todo era un mecanismo perfecto, que no podía andar sin las dietas. Al mismo tiempo se promovió un alboroto de esos á que tan acostumbrados nos tiene la serena majestad de la Cámara Constituyente; los gritos y murmullos reemplazan á las palabras; todos se agitan y vociferan, produciendo una algarabía infernal que no logra dominar Ruiz Zorrilla con sus estentóreos pulmones y arrebatada campanilla, la cual debe tener un temple más que regular, así como la mesa, cuando ni una ni otra se rompieron ayer, á pesar de tantos porrazos. Al fin un diputado advierte que no había motivo para semejante tempestad, por cuanto la enmienda no había sido más que tomada en consideración, estando las Cortes á tiempo de desahuciarla.

Este rayo de luz calmó aquel mar alborotado; y buscados á toda prisa cuantos diputados favorables á las dietas se hallaban en el Congreso, fué la enmienda desechada pocos momentos después, por 80 votos contra 72.

Todavía ha de recaer otra votación sobre el artículo; pero ya no es dudoso el resultado. Los pueblos oprimidos por tantas contribuciones, exhaustos completamente, sin recursos contra la miseria que amenaza con todos sus horrores, los pueblos empobrecidos, esquilados, tendrán que pagar algunos millones de reales más para las diputaciones provinciales.

No tenemos palabras con que condenar este nuevo acto de la revolución y lamentar esta nueva desventura de los infelices pueblos. Las provincias castellanas privadas de cosecha, ¿de dónde van á sacar unos cuantos miles de duros más cada una, si aun en tiempos bonancibles no pueden soportar los onerosos tributos que pesan sobre este desdichado país? El voto de ayer ha de ser considerado en España como una sangrienta burla de la miseria de los pueblos. Hábleseles á ellos de teorías descentralizadoras y de sistemas administrativos; ellos dirán con mucha razón; y, ¿qué ¿no habéis encontrado otro medio? ¿no veis que vuestros sistemas son incompatibles con nuestra desnudez? ¿no veis que es horrible aumentar los impuestos cuando el hambre se extiende por nuestras infelices moradas? Si nos es ya imposible pagar, ¿cómo os atreveis á exigirnos más, ahora que la miseria aumenta espantosamente?

Los republicanos, los constantes declamadores de economías, los amigos del pueblo, los defensores de los pobres, votaron con el Gobierno las dietas para las diputaciones provinciales, como las votarían mañana para las Cortes; y lo hacen según dicen, para que el honrado artesano, el pobre trabajador, puedan ser mandatarios del pueblo. No; al honrado artesano y al pobre trabajador no les hace falta mas que trabajo y justicia; el trabajador y el artesano honrados, no quieren dejar su taller para convertirse en farsantes políticos. Y ¿qué hubieran ganado los republicanos mismos con tener muchos Alsinas en el Congreso? No; no se pidan en nombre del artesano y del obrero ciertas cosas que han de explotar otros que no son obreros ni artesanos.

En otro lugar del periódico verán nuestros lectores los curiosos documentos escritos por el señor Fernandez de los Rios, ministro de España en Portugal, y dirigidos al general Saldanha, y el despacho telegráfico que sobre los mismos sucesos que este general ha promovido, comunicó el Sr. Sagasta al Sr. Fernandez de los Rios.

Son muy curiosos, en efecto, estos documentos, porque dan á conocer el linaje de diplomáticos y estadistas que ha engendrado la consabida *gloriosa* de Setiembre.

Como si bastase ser activo conspirador para entender en los negocios de Estado, se ha hecho del señor Fernandez de los Rios, industrial-literato muy amante de los periódicos ilustrados, un embajador, y del Sr. Sagasta, ingeniero-periodista de *La Iberia*, y orador de tertulia progresista, un ministro de Estado. ¿Qué ha de suceder con estos caballeros cuando llega una ocasión un poco crítica? ¿Que dan muestras de que no saben lo que traen entre manos. Basta leer los documentos mencionados para convencerse del completo atolondramiento de esos diplomáticos que, temerosos del efecto que pueden producir las conjeturas de los periódicos y sus reflexiones acerca de Portugal, se apresuran á dar mil satisfacciones al Gobierno portugués y sobre todo á la nación portuguesa, como si se nos fuera á echar encima en el caso de que España hubiese tenido algun descalabrado proyecto.

¿Qué manera es esa de entender la dignidad de la patria? ¿No basta que hayamos recibido mil desaires en la malhadada cuestión de candidaturas, sino que hemos de estar dispuestos á arrastrarnos como la nación más miserable del mundo, á los pies de cualquier Gobierno que abrigue recelos por lo que se le ocurra decir á una prensa sin más freno que su capricho?

¿Qué se figuran que es España esos diplomáticos de tres al cuarto? ¿Hemos llegado por ventura á tal punto de degradación que temblamos ante el duro gesto de un portugués? ¿Estamos ya en el caso de implorar perdones á cualquiera que se crea lastimado por nosotros? Pues si esto es así, dejemos ya de llamarnos españoles y pidamos que Portugal se nos anexionen, porque ya no merecemos otra cosa. Declárense independientes las provincias del otro lado del Ebro y las que como aquellas quieran ser depositarias de nuestra honra nacional, y el resto de España vaya á pedir á los portugueses un asilo en su Gobierno. Acabe ya para siempre la nación de los Carlos y Felipe, y sea la de los Prim y Sagasta una infeliz provincia portuguesa.

Pero tranquilicémosnos; si por un lado los documentos del Sr. Fernandez de los Rios rebajan la dignidad de la patria, por otro son pura y simplemente cándidos; porque sabiéndose como se sabe que en caso de abrigar el Gobierno español intenciones anexionistas respecto de Portugal, tendría que contar con Saldanha, dar á este satisfacciones de proyectos en que él mismo sería cómplice, es la simpleza más grande que cabe en diplomática molera.

No hay escape: ó esas satisfacciones se dan á la nación portuguesa, ó al general Saldanha: en el primer caso, lo repetimos, son ignominiosas; en el segundo, son necias. Es así que se dan á entambos luego son á la vez ignominiosas y necias.

Es tal el lío que se ha formado el general Prim creyendo poder manejar á su antojo á los padres constituyentes, que ya el pobre señor ha perdido completamente la brújula y no sabe á dónde ni por qué camino va.

Decidido por lo que se ve á que continuase la interinidad, escogió para velar su pensamiento aquella fórmula, ni muy ingeniosa ni muy literaria que digamos: «En la cuestión de monarquía voy á la cola de la mayoría.»—Lo cual equivale á decir: «Estaremos sin rey hasta que á mí se me antoje.» Y en efecto, desentendiéndose más ó menos hábilmente de los dos candidatos que tienen los revolucionarios, propuso como única solución la concesión de las atribuciones régias al duque de la Torre.

Ha querido consultar S. E. esa solución con los diputados de la mayoría, llamándolos por provincias, siguiendo en estas el orden alfabético, y ha

llegado hasta conferenciar con los diputados de las provincias que empiezan con las letras A, B, etc., hasta la L inclusive. Mas tales cosas ha oído el general Prim en esas conferencias, tal oposición ha encontrado á su proyecto, que ha resuelto suspender su viaje de exploración *alrededor de los diputados*, como decía un periódico.

La *Política*, que se supone bien enterada del resultado de ese viaje, dice anoche lo siguiente:

«De las exploraciones hechas hasta ahora, resulta que han sido consultados 54 diputados de las fracciones más afines, de las fracciones progresista y democrática, y que han votado en contra del pensamiento del Gobierno 32, en pró 20, y 2 se han abstenido.»

El general Prim parece que se quejaba ayer amargamente de que su partido no le seguía, y dijo que si hasta ahora se había contentado con ir á la cola de la mayoría, en lo sucesivo tendría que renunciar á todo propósito de buscar rey, y á toda esperanza de encontrarlo.

¡Bien hecho! Echase en el surco y ruede la bola que ella parará.

Un artículo que *El Tiempo* publica con las iniciales C. de T. (conde de Toreno, sin duda), después de decir que en Francia las ideas de legitimidad y derecho se van arraigando, concluye con este párrafo:

«Proclaman los españoles á Alfonso XII, que representa la tradición, el derecho y las aspiraciones de España, y eviten á su país el trabajo, de otro modo le será imposible llevar á cabo, de crear una monarquía hereditaria, y verdadera necesidad de las naciones modernas, de lo que es buen ejemplo Francia, que simbolice y pueda consolidar los salvadores principios de orden y libertad.»

Si, en efecto, el príncipe D. Alfonso representa la tradición, el derecho y las aspiraciones de España, ¿harían muy bien los españoles en proclamarle? Pero ¿quién le ha dicho á *El Tiempo* que D. Alfonso representa esas cosas á las cuales se ha hecho tan cruda guerra en nombre de su augusta abuela y de su augusta madre? La tradición de D. Alfonso, ¿no es la tradición del doctrinarismo hoy defendida por *La Epoca*, *El Tiempo* y *El Eco de España*? Y ¿es acaso esa la tradición de la monarquía española? D. Alfonso, por sí, no es nada más que un pobre niño que va de mano en mano, como fué su madre, recibiendo una educación heterogénea y contradictoria que acabará por hacer de él un príncipe escéptico en política como donña Isabel II, y quizá en religión. Por lo que son sus partidarios, D. Alfonso representa el funesto sistema moderado, la escuela doctrinaria «enemiga jurada de la verdad», como diría Donoso Cortés, ese partido y esa escuela, origen de todas las revoluciones contra la Iglesia y contra los tronos, y causa de la inmundicia política y administrativa que se ha desarrollado en los sociedades modernas.

Porque tiene esta representación, España rechaza á D. Alfonso, diga lo que quiera el C. de T., como lo demuestra la exigüidad de sus defensores y el movimiento de concentración que se nota en las clases conservadoras hacia el partido carlista.

El Eco de España ha comenzado á publicar en folletín un escrito en pró de la legitimidad de donña Isabel II.

Esto no tiene nada de particular. Pero es el caso que el tal folleto se debe á la celebrísima pluma de D. Enrique de Lazear.

Sentimos, por la augusta princesa que desgraciadamente ocupó el trono de España, que le salgan ahora semejantes defensores de su legitimidad. Hasta la presente, los más notables entre estos, son Lazear y el conocido Padre Sanchez.

En la sesión de ayer se leyó el dictamen sobre una proposición, cuyo asunto no hace al caso.

Presidía el Sr. Ruiz Zorrilla, y era secretario el Sr. Carratalá.

Cuando se preguntó si se aprobaba ó no la proposición, los diputados permanecieron sentados, el secretario, conforme á reglamento, dijo: «Queda desechada.»

El día que se votó la ley autorizando al Gobierno para plantear el matrimonio civil, presidía también el Sr. Ruiz Zorrilla y era secretario el mismo Sr. Carratalá.

encarcelar, y solo saldrás de aquí prometiendo me no volver á visitarla.

—He prometido á la Vision volver. Y además, cuando llega el momento, me arrastra cierta cosa que viene hacia mí y que me llama.

El interrogatorio, como se ve, tocaba á su fin, pues no llevaba menos de una hora larga. Por la parte de afuera, la multitud esperaba, no sin inquietud impaciencia, la salida de la niña, á quien se había visto aquella misma mañana transfigurada por la luz del éxtasis divino. Desde la sala donde tenía lugar la escena que acabamos de referir, se oían confusamente los gritos, las palabras, las interpelaciones, los mil rumores diversos que componen el tumulto de las masas. El rumor parecía crecer y convertirse en amenazador, cuando en un momento dado se oyó en aquella muchedumbre una agitación particular, como si llegase á su seno un personaje vivamente esperado.

Casi al mismo tiempo repetidos golpes resonaron en la puerta de la casa, sin que el comisario pareciera conmoverse.

Los golpes se hicieron más violentos, sacudiendo la puerta el que llamaba, como si quisiese derribarla. Jacomet, irritado, se levantó y fué á abrir en persona.

—¿Qué queréis? dijo lleno de cólera. No se puede entrar.

A la mañana siguiente, lunes 22 de Febrero, en la hora acostumbrada de las Apariciones, la multitud que aguardaba á la Videncia en las orillas del Gave, no la vió venir. Sus padres la habían enviado á la escuela, desde el alba, y Bernardita, que solo sabía obedecer, se había resignado con el corazón preñado de lágrimas.

Las Hermanas, á quienes retenían en el hospital ó en la escuela sus funciones de caridad y enseñanza, ó acaso también las órdenes del señor cura de Lourdes, no habían presenciado nunca los éxtasis de Bernardita, ni creían en sus Apariciones. Por otra parte, en esta clase de asuntos, si el pueblo se manifiesta á veces harto crédulo, acentuase por un fenómeno que sorprende en un principio, pero que no deja de ser bien real, que los eclesiásticos, los religiosos y las religiosas son muy excépticos y muy rebeldes en darles crédito, y que, admitiendo en teoría la posibilidad de tales manifestaciones divinas, exigen con una severidad excesiva con frecuencia que se prueben diez veces antes de reconocerlos. Las Hermanas añadieron, por tanto, su formal prohibición á la de los padres, diciendo á Bernardita que todas sus visiones eran ilusorias, y que tenía trastornada la cabeza ó que menta. Una de

Bernardita á la Gruta. Acaso le asaltaba un vago temor de desagradar á la «Señora» invisible que se aparecía á su hija, pero el miedo de irritar á un hombre de carne y hueso, á un personaje tan temido como el comisario, le tocaba más de cerca y obraba más directamente sobre su ánimo.

—Ya ves que todos los señores del país están en contra nuestra, dijo á Bernardita, y que si vuelves á la Gruta, el Sr. Jacomet, que todo lo puede, nos hará prender á tí y á nosotros. No vuelvas pues.

—Padre, decía Bernardita, cuando voy no es siempre por mi gusto. Hay ciertos momentos en que siento dentro de mí una cosa que me atrae y me llama hacia aquel sitio.

—Sea como quiera, dijo el padre, te prohibo formalmente que vuelvas en adelante, y estoy seguro que no me desobedecerás por primera vez en tu vida.

La pobre niña, puesta de este modo entre la promesa hecha á la Aparición y la prohibición expresa de la autoridad paterna, respondió:

—Haré entonces todo lo posible para no volver y para resistir al atractivo que me llama.

Así concluyó tristemente la tarde de aquel mismo domingo, que había empezado con el glorioso y bienaventurado esplendor del éxtasis.

Después que este leyó entre dientes la ley, de manera que nadie supo de qué se trataba, hizo la pregunta reglamentaria; los diputados permanecieron sentados, y él dijo: «Queda aprobada.»

Nuestros amigos reclamaron, y el Sr. Ruiz Zorrilla dijo: «Los que quedan están aprobados.»

¿Habrá quien tenga por ley la mencionada autorización?

El *Imparcial*, dándose tono, publica hoy un artículo, en el que con la mayor formalidad pide que continúe el *statu quo* y que se suspendan las sesiones de Cortes hasta fin de año.

Ese dilatado interregno parlamentario parece necesario al órgano de los cimbrios para que los diputados adquirieran verdadero conocimiento de las necesidades de las provincias, y además para que saquen a los pueblos del error en que están creyendo que la elección de rey haría «como por encanto» desaparecer todas las dificultades y nos abriría de repente un período de prosperidad y bienestar.

No hay semejante error. El pedir unas veces que se concluya y otras que se prolongue la interinidad, es un juego en que no toman parte los pueblos, aunque por desgracia pagan las pérdidas. Los pueblos están convencidos de que no hay prosperidad y bienestar posible mientras quejamos rastro de revolución.

Por otra parte, según *El Imparcial*, antes de tener rey el Gobierno necesita dedicar todo su tiempo a afianzar la seguridad personal, reconstituir la administración de justicia, etc., etc.

¿Y para esto le estorban las Cortes, ó como si dijéramos, la soberanía nacional?

Pero no hemos dicho lo más notable del artículo de *El Imparcial* que es un parrufito que merece copiarse íntegro.

Habla del Gobierno y dice:

«Tiene éste, a lo que entendemos, la completa seguridad de poder llevar a cabo esa reconstitución del país, conservando al mismo tiempo el orden público, y confirmación es de esa seguridad el propósito que, según nuestras noticias, existe de probar, a la raíz de la terminación de la actual legislatura, con un acto político de importancia, que se puede gobernar con las instituciones ampliamente liberales consignadas en la Constitución, sin temor a que se altere el orden y sufra menoscabo la tranquilidad pública.»

Estas líneas nos han dejado estupefactos.

Confesemos que no sabemos a qué acto político se refieren.

¿Si se tratará de ahorcar a todos los carlistas?

¡Ah! Si al menos los revolucionarios tuvieran valor para eso, se podría hablar de ellos con seriedad.

Cuenta un periódico que el general Prim dijo en una de las reuniones que ha celebrado estos días con los diputados, que habiéndose negado a aceptar la corona D. Fernando de Portugal, el duque de Génova y otro candidato prusiano, no quedaban ya más que tres candidatos, a saber: el duque de Montpensier y Espartero, que no contaban con mayoría, y otro que no creía conveniente descubrir.

¿Por qué tanto misterio? ¿No tienen los españoles derecho a saber quién es ese rey en mente?

Considere el general Prim que hay gentes muy suspicaces, y si dan en pensar que el candidato oculto es algún Borbon ó algún Napoleón, puede padecer el prestigio del héroe del 3 de Enero.

Hace días corre por los periódicos liberales la noticia de que el señor Obispo de Almería se ha retirado de Roma, después de haber jurado la Constitución. Nosotros nada sabíamos, hasta que hemos visto hoy en *El Observador*, periódico católico-monárquico de Almería, el siguiente suelto:

«No hace mucho tiempo, y con motivo de la exposición que el señor Obispo de esta diócesis dirigió al regente en contra del matrimonio civil, agotaron los periódicos de Madrid toda la sal de sus plumas progresistas para censurar al Prelado: hoy se desahogan en elogios por creer sin duda que habiendo prestado juramento a la Constitución, «después de declarada la licitud por la Santa Sede y con la debida protesta», ya pueden gloriarse de haber plantado una pica en Flandes.

Nos imponemos forzosamente la mayor reserva para no entrar en el fondo de la cuestión, por motivos que sabrán apreciar nuestros lectores, y mayormente retirándonos hoy de la escena periodística.

Diremos, no obstante, que si alguna cosa nos faltaba para continuar firmes en nuestra convicción de que, aun mediando la declaración del Sumo Pontífice, no es oportuno ni conveniente el juramento, nos lo ofrece la actitud de la prensa liberal, cuyas alabanzas puede decirse que más bien ofenden que honran.

Muy distante estaría el señor Obispo de Almería de verse elogiado tan calurosamente por los que no han tenido ni tienen para el Clero sino hiel y censuras; y, por no faltar a su consigna, a las fariseicas loas que tributan al Excmo. Prelado de la diócesis, juntan los calificativos más denigrantes y ofensivos para con los cuarenta Obispos y todos los Cabildos y Clero de España que no han tenido por conveniente prestar el juramento a la Constitución *deca* de 1869, sin que por ello hayan creído faltar a ningún precepto de la Santa Sede, porque no existe.»

El mismo periódico, redactado por Sacerdotes, dice lo siguiente, anunciando que estos se retiran y que en breve saldrá otro periódico de la misma índole:

«Hemos llegado a un punto en que no es posible continuar por más tiempo, si hemos de conservar incólume nuestra dignidad harto comprometida desde hoy por cuestiones de alta trascendencia, en las cuales nos vemos obligados a dar en uno de dos escollos: ó declararnos en abierta oposición con nuestros superiores gerárquicos, lo que no podemos hacer como Sacerdotes, ó sancionar con el silencio lo contrario de nuestras propias convicciones, lo que rechaza nuestra conciencia.»

El Imparcial dice que el señor Obispo de Almería ha visitado al Sr. Echegaray.

En la noche del miércoles terminó en la academia de jurisprudencia la discusión sobre los *derechos individuales*, el resumen que ha de

hacer el presidente en la sesión próxima. Cerró la discusión nuestro querido amigo D. Ramón Nocedal, pronunciando un magnífico discurso en que el público entusiasmado aplaudió al joven y elocuente orador católico; no sabiendo qué admirar más, si la profundidad de las observaciones, hijas de un estudio que parece muy superior a la edad de nuestro amigo, si la galanura y elegancia de la frase, ó la facilidad y corrección de la palabra. De nuevo felicitamos al Sr. D. Ramón Nocedal, como tantas veces, y siempre con justicia, lo hemos hecho; el cual ha compartido con el señor marqués de Monesterio y otros jóvenes distinguidos los triunfos alcanzados por la bandera católica en la academia de jurisprudencia.

¿Quiera Dios que todos ellos alcancen tantas y tan honrosas victorias en otra esfera más alta y más importante para el país!

Según las noticias que acabamos de recibir de las elecciones de la circunscripción de Alcalá, ayer obtuvieron en Fuencarral:

El señor conde de Canga Argüelles...	66 votos.
El Sr. Laso y Medina	66
El Sr. Abascal	46
El Sr. Rodríguez	16

En Colmenar Viejo, donde se cometieron todo género de coacciones, negándose las papeletas a los electores y haciendo votar a pobres enfermos con la amenaza de arrojarlos del hospital, se ha obtenido el siguiente resultado:

Sr. Abascal	208
Sr. Rodríguez	207
Sr. Canga Argüelles	129
Sr. Laso	128

Se espera que hoy se esforzarán nuestros amigos de Colmenar para obtener mayoría, puesto que los carlistas son allí muy superiores en número a los liberales.

Terminada en la *Juventud católica* la discusión sobre las Cruzadas y Felipe II con un brillante resumen hecho por el señor marqués de Monesterio, vicepresidente de la Academia, ha empezado una discusión nueva sobre el celibato eclesiástico y la vida religiosa.

Expuso el tema, hablando por primera vez en aquel sitio, el Sr. D. Cándido Blanco, en un excelente y razonado discurso, en que demostró sus grandes conocimientos y profundos estudios, cautivando al numeroso público que le escuchaba y que le interrumpía frecuentemente con sus aplausos.

Anoche habló sobre el mismo tema el Sr. Balbín y Unquera, joven ya ventajosamente conocido por su vasta erudición y su extraordinaria facilidad de palabra, alcanzando también entusiastas aplausos y plácemes de toda la concurrencia.

Dice *La Correspondencia* que en la reunión que anteaño celebró el general Prim con los diputados de varias provincias para proponer la concesión de facultades al regente, y que terminó acerca de las siete, votaron contra las atribuciones 42, y 42 en favor, absteniéndose cuatro ó seis, y que se hacen grandes comentarios sobre los enérgicos discursos de los Sres. Torres Mena y Gállego Díaz, discursos especialmente el primero, que produjeron desagradable impresión en el ánimo del presidente del Consejo.

Hablaron asimismo en contra, continúa diciendo, los Sres. Garrido, Villavicencio y Montero Telling, y en pro los Sres. Godínez de Paz y López Botas, fundándose el primero, al separarse en su opinión, de la mayor parte de sus correligionarios los demócratas, en que estas Cortes constituyentes no pueden seguir, pues han terminado su misión, y al convertirse en ordinarias ó elegir otras, debe haber un jefe del Estado con facultades para poner en juego las condiciones de los gobiernos constitucionales.

El conde de Reus al levantar la sesión manifestó que veía la poca influencia que tenía en los diputados; pero estos creen que no interpreta bien la actitud de sus amigos.

De los que votaron en pro, recordamos a los señores Alcalá Zamora (D. L.), Godínez, López Botas, Muñoz Sepúlveda, Moreno Benítez, Ulloa (D. Juan), Villalobos, Dávila, Rojo Arias, Monteverde, Mesía Elola y otros.

Se cree que no seguirán ya las conferencias.

De esta misma opinión es *La Epoca*, cuyo periódico manifiesta que el resultado de dicha reunión no ha dejado ganas al señor presidente del Consejo de continuar el examen de los diputados monárquico-democráticos que se ha detenido en la letra M.

«Aquí empiezan, según dicho periódico, las versiones contradictorias: según unos, el general Prim habría renunciado a la idea de dar las facultades al regente, y anunciándolo así a algunos cimbrios; según otros, empeñado el amor propio del presidente del Consejo, lo hará cuestión de Gabinete, y resueltamente pedirá el apoyo de sus amigos.»

Con estas noticias parece que coincide la declaración hecha en el salón de conferencias por un alto personaje, el cual ha asegurado, con conocimiento del presidente del Consejo de ministros, que la reunión de la mayoría no tendría lugar hasta el 9 de Junio, en cuyo día las Cortes elegirían un rey, si estaban de acuerdo, ó decretarían la forma del poder ejecutivo. ¿Pero cuántos diputados quedarán en Madrid para dicho día?

Dice un periódico que el domingo se verificará la reunión de todos los partidarios de la monarquía liberal, y en dicha reunión, por iniciativa del Gobierno ó de los diputados, se examinará si hay algún candidato al trono que tenga mayoría, y en caso contrario, el Gobierno llevará a la Cámara el proyecto concediendo ampliación de atribuciones al regente.

Le Méditerranée, periódico semanal de París, se entusiasmó como el *Gaulois* con las primeras noticias de Portugal, suponiendo que la unión ibérica era cosa hecha, y habiendo grandes elogios del marqués de los Castillejos, por no haber querido salir de la interinidad para hacer posible tan fausto desenlace.

Buen chasco se habrá llevado.

Los periódicos portugueses recibidos ayer anuncian que el conde de Peniche había sido agraciado

con el título de marqués de Anjeja, título del nuevo ministro de Obras públicas.

La comisión de reformas para Filipinas, propone las siguientes:

Modificación del estanco del tabaco como preparación para el desestanco total.

Abolición del arancel de aduanas é imposición de un derecho diferencial según bandera y procedencia.

Establecimiento de un puerto franco en Zamboanga.

Y reducción de medio millón de duros en el presupuesto de gastos.

Anoche debió reunirse la comisión encargada de dar su dictamen sobre el proyecto de las clases pasivas del patrimonio que fué de la corona. El dictamen parece, según un diario noticioso, favorable para las que gozan de las pensiones ó viudedades de justicia, que se les seguirán abonando, y para los jubilados que estaban en el percibo de sus jubilaciones, pues se los considerará como cesantes del Estado, según la ley de clases pasivas. Además a los que hayan hecho los descuentos para el monte-pío, se les devolverá en papel de 3 por 100 al tipo de 40 por 100 lo que hayan descontado para este objeto.

De Portugal no se sabe más sino que el Gabinete juró anteaño, y que la escitación de la opinión se va calmando por completo.

Algunos periódicos de Lisboa suponen que el plan de salir dando gritos en favor de la unión ibérica, fué tramado en una reunión a que asistió el ministro de la Guerra del Gabinete caído.

Según las noticias de Londres, se confirma el incendio de Manila, con los pormenores siguientes:

«La pérdida ocasionada por el siniestro se calcula en un millón de duros, de los cuales 600,000 corresponden a mercancías, y 400,000 a casitas de chinos, y a tres ó cuatro edificios que, ó se han quemado, ó ó ha habido necesidad de derribar para cortar el fuego. Ningún establecimiento del Gobierno ha sido destruido. El 29 de Marzo, fecha de la salida del correo, el incendio estaba ya apagado. Las calles quemadas han sido las del Rosario y Nueva.»

Parece que ha venido una comisión catalana para tratar de la cuestión de tratados de comercio, la cual, después de conferenciar con el ministro de Hacienda, ha pedido ayer audiencia al señor ministro de Estado para conferenciar también.

Según vemos en *La Correspondencia* los que se entretienen en extraer los sellos que se remiten dentro de las cartas, han inventado un nuevo medio, hacer una pequeña abertura por uno de los lados de la carta, y por allí sacar los sellos dejando el sobre perfectamente entero en la apariencia. «En nuestro poder, añade, existe una carta cuyo contenido se ha robado de esta manera. Lo advertimos al señor director central del ramo para que tenga conocimiento de estos abusos y pueda corregirlos.»

Es de esperar que el señor director de comunicaciones dictará medidas energéticas para poner término a este criminal abuso repetidas veces denunciado por la prensa.

Parece que ayer hubo Consejo de ministros a la una en las Cortes, según dice un periódico, para dar cuenta al general Prim del resultado de sus conferencias de ayer y anteaño, y tomar acuerdo sobre lo que deba hacerse en su consecuencia.

Dice un periódico noticioso que el Sr. Rojo Arias se propone formular voto particular sobre el proyecto de ley de elección de monarca, exigiendo que el candidato obtenga la mitad más uno de los votos de los diputados proclamados, y no la mayoría relativa de la mitad más uno de los diputados proclamados, que son 85, y el Sr. Rojo Arias pide el doble.

Parece que los demócratas y republicanos se mostraban ayer tarde muy complacidos por el triunfo que han alcanzado, haciendo que triunfe el principio de las dietas a las comisiones permanentes de las diputaciones provinciales, principio que es ya un paso para las dietas a los diputados. Este asunto fué objeto de acaloradas polémicas en el salón de conferencias entre los partidarios y adversarios del indicado principio.

En tratándose de gravámenes para los pueblos, todos los revolucionarios son lo mismo.

Refiere un periódico, que entre los diputados contrarios a la interinidad que votaron anteaño contra la concesión de facultades al regente, se cuentan los señores Rodríguez (D. Gaspar), Montero Telling, Torres Mena, Rubio (D. L.), Zamora (D. J.), Villavicencio; Franco del Corral, Franco Alonso, Vicens, Llamazares, Cuevas, Montesino, Jalon, García (D. D.), Sancho, Garrido (D. J.), Vado y Merelo. Se abstuvieron los Sres. Sardoal, González del Palacio, Rodríguez Leal, Saavedra y Curiel y Castro.

Según parte telegráfica recibido anoche de Alcalá, nuestros amigos alcanzaron en la votación de ayer una mayoría de 126 votos. Bien sabíamos que nuestros amigos de aquella circunscripción dejarían bien puesto el pabellón carlista. Adelante.

Aprovechemos esta ocasión para consignar que, según declara anoche *La Epoca*, en Alcalá ha habido también estos días gracias abundantes para diferentes pueblos, órdenes de roturación de dehesas, todo, en fin, que tanto se censuraba.

¿Comprenderá al fin el Gobierno revolucionario que para su mal concluyen a más andar los tiempos en que el liberalismo vivió corrompiendo conciencias?

Dice un diario noticioso que se ha empezado a llamar a los diputados ausentes para que se presenten inmediatamente con objeto de asistir a la sesión del 9 de Junio, en que las Cortes han de abordar decididamente la cuestión monárquica en el sentido que la mayoría estime conveniente.

Más cuenta tendría a nuestro juicio al Gobierno retener a los presentes.

Parece que el diputado Sr. D. Cirilo Álvarez no votó anteaño en la reunión de diputados radicales

con el general Prim. Según dice un periódico, se limitó a presentarse y manifestar, que como él había manifestado su opinión particularmente al general Prim, no necesitaba manifestarla de nuevo, y se retiraba, como lo hizo en efecto.

Asegurábase ayer tarde, según *La Correspondencia*, que en vista del resultado obtenido en las conferencias del general Prim con los diputados, el Gobierno, en Consejo de ayer, había resuelto abordar la cuestión monárquica, cualquiera que sea su resultado; y que en caso de fracasar la elección se pensaría en lo que debe hacerse.

Según soplen los vientos.

La Correspondencia de España publica la siguiente carta:

«Lisboa, 25 de Mayo.—Desde mi última carta han ocurrido sucesos que tienen alguna importancia política e internacional.

El mariscal Saldanha llamó a los diputados de la minoría de la Cámara para ofrecerles cuatro carteras en el nuevo Gabinete. Estos contestaron que aceptaban los respectivos departamentos ministeriales, siempre que el general presidente del Consejo enarbolase su programa político, que es el del Obispo de Vizeu y el del partido llamado popular. Parecían convenidos y satisfechos el representante del poder y la minoría parlamentaria, cuando se le ocurrió a esta pedir que no formase parte del ministerio el conde de Peniche, por más que se le diera un puesto en el extranjero. El mariscal no aceptó esta exigencia, fundado en haberle ofrecido ya al conde una cartera, y en que la revolución debe a este personaje las cuatro quintas partes del éxito obtenido. Ante declaración tan explícita y terminante se rompieron las negociaciones entre Saldanha y el partido que acudilla el Obispo de Vizeu.

Así las cosas, forzoso era buscar otros hombres para la gobernación del Estado, como en efecto lo hizo el mariscal.

El juramento de los diputados ofreciendo defender la independencia de Portugal, que creían atacada por España, y la publicación de un periódico con todas las noticias de la prensa española favorables a la unión ibérica, fueron recursos hábilmente combinados en primer término contra Saldanha, y en segundo contra nuestro país y los españoles.

Anoche se trataba de alterar el orden al grito singular de ¡viva la unión ibérica y muera España! Los que habían de dar los vivos y los muertas, eran todos amigos y parientes. El mariscal, viendo el conflicto que amenazaba entre dos naciones hermanas por el solo deseo de unas ciento y pico de personas alborotadoras, puso a la tropa sobre las armas en todos los cuarteles y en su propia morada. El plan se desbarató por completo y la gente reunida para dar el grito afirmativo y negativo a la vez, tuvo a bien dispersarse antes de caer en manos de la policía ó de la fuerza del ejército. Es de sentir que el nombre de España sirva a los partidos políticos de aquí como pretexto para sus proyectos, sus deseos ó sus desahogos de oposición.

El conde de Peniche ha sido agraciado con el título de marqués.

En palacio se han reforzado las guardias.

El ex-ministro de la Guerra, Lobo de Avila, que era capitán de infantería, pidió su licencia absoluta.

Hemos recibido una carta de uno de nuestros suscriptores en que nos manifiesta haber dirigido un comunicado a *La Correspondencia de España*, desmintiendo la noticia publicada por dicho periódico de que el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Avila no pensaba volver a España, comunicando que *La Correspondencia* no tuvo por conveniente insertar.

¿Qué objeto se propendrán ciertos periódicos en publicar falsedades de este linaje?

El órgano de los cimbrios se incomoda con nosotros porque al ver anunciada una nueva circular del Sr. Rivero a los gobernadores, hemos traído a la memoria aquella otra *non nata* que al ocupar el ministerio dicho señor anunció pomposamente la prensa cimbrio-progresista-democrática-radical. No lo extrañamos: *El Imparcial* estuvo entonces anunciando no sabemos cuánto tiempo, día por día aquel celeberrimo documento cuyo mérito no pudo saborear la generación presente, y este solo recuerdo le mortifica.

Por lo demás desgraciado está el diario cimbrio al comparar la suerte que pueda haber a dicho documento con la concordia del conde de Morella y don Carlos VII, y más desgraciado todavía al suponer que los planes carlistas son *eterna y vergonzosa farsa*.

Ya lo verá *El Imparcial*, y no muy tarde: si sabe sobrenadar y no se ahoga en el diluvio que amenaza a la revolución.

Dice *El Imparcial*:

«De las noticias que obtuvimos anoche acerca de las elecciones que se están verificando en Alcalá, Salamanca y Ecija, resulta que alcanzaban mayoría los candidatos monárquicos en los tres puntos, a pesar de que en la última de dichas poblaciones habían ganado los republicanos nueve mesas de las trece que componen la circunscripción.

Los candidatos que mayor número de votos han obtenido hasta ahora son: los Sres. Abascal y Rodríguez (D. Vicente), Alcalá; Pinilla por Salamanca, y Ramos Calderón por Ecija.»

En vista del enorme impuesto con que se grava a las compañías de gas con las nuevas tarifas, parece que los capitalistas franceses interesados en esta industria han resuelto que pase a España una comisión para gestionar cerca del ministro de Hacienda la reforma de las expresadas tarifas en lo que se refiere a la industria que representan.

De esta hecha la fama del hacendista Sr. Figueroa va a llenar el mundo.

Dice un periódico que el Presbítero granadino don Esteban Ribas, emigrado en Orán a consecuencia de los últimos acontecimientos de Málaga, ha obtenido permiso para regresar a España después de haber jurado la Constitución vigente ante el cónsul español de aquel punto.

¿Qué Presbítero!

CORREO DE HOY.

Hoy hemos recibido muy pocos periódicos extranjeros, porque casi todos los que debían llegar correspondían al día de la Ascensión en que no se publicaron.

El Clamor de Castilla, periódico católico de Valladolid, al dar cuenta de una notable procesion

verificada en aquella ciudad, para implorar del cielo el beneficio de la lluvia por mediación de la Santísima Virgen, escribe las siguientes líneas que prueban cuán arraigada está la fé en los corazones españoles:

«Confundidos en un solo sentimiento de fervor religioso todas las clases de la sociedad que allí estaban representadas, tuvimos la indecible satisfacción de observar el mayor orden y compostura, así como las numerosas demostraciones de respetuoso cariño que la Reina de los cielos y tierra recibió en la larga carrera por donde fué conducida en triunfo su preciosa imagen, bajo la advocación del *Cármén*.

Llevaban el púlpito y acompañaban con cánticos a Nuestra Señora, el vicepresidente, secretario y otros individuos de la *Juventud católica*, que habían sido invitados al efecto, y daba el piquete con su música el batallón cazadores de las Navas. Las niñas del Hospicio cantaron un himno al entrar en la iglesia la Virgen Santísima, y la multitud prorrumpió en vívas entusiastas a la Madre de Dios, pidiendo con lágrimas el beneficio de la lluvia.

¿Quiera el Señor oír los ruegos de la *Protectora* del pueblo español, concediéndonos la gracia que con tanta humildad y fé viva imploramos los católicos de Castilla!»

Nuestros lectores recordarán que hace pocos días publicamos, tomándola de un diario de noticias, la referente a la incautación por parte del Gobierno de los apreciables códices, propiedad del Ilmo. Cabildo catedral de Gerona, la Biblia y el Apocalipsis. Parece que dicha noticia alarmó con justo motivo a los gerundenses, y reunida la comisión provincial de monumentos al tener conocimiento extraoficial de dicha disposición, justamente indignada acordó formular una protesta contra ella. Según vemos con satisfacción en *El Norte* de Gerona, no han sido infructuosos estos pasos, pues al siguiente día recibióse la orden de la suspensión de dicha medida, abrigando la comisión fundadas esperanzas de que al fin será revocada definitivamente.

Leemos en *La Monarquía Tradicional* de Santander:

«El martes se celebró en el círculo carlista de esta ciudad una junta general de socios para tratar de asuntos relativos a la asociación. La concurrencia fué tan numerosa, que al último más parecía que se trataba de una de las sesiones públicas a que asisten personas extrañas a la sociedad, que de una reunión de socios del círculo. Se pronunciaron muchos discursos en medio del mayor entusiasmo; y entre otros acuerdos, se determinó que, además de la colecta para socorrer a los carlistas pobres de que trata el reglamento del Casino, se formara una comisión permanente de socorros para dar a estos la mayor extensión posible.

No podemos menos de felicitar al círculo carlista de Santander por el interés que se toma en atender a las necesidades de los correligionarios que se hallen en la desgracia.»

Escriben de Madrid al *Diario de Barcelona* que las declaraciones hechas por el general Prim en las Cortes respecto de los sucesos de Portugal, respondieron a las reclamaciones del ministro español en Lisboa, el cual telegrafió al Gobierno no sólo para manifestarle el patriótico trasporte de la Cámara portuguesa, jurando como un solo hombre defender a toda costa la independencia del país, sino para hacerle entender que eran necesarias explicaciones terminantes y tranquilizadoras para que los espíritus se calmaran.

¿Quién le hubiera dicho a la altiva España que había de tener, tiempo andando y para su castigo, Gobiernos tan torpes y tan repetidamente humillados... ¿por quién? Por Portugal.

ÚLTIMA HORA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 27.—En el Cuerpo legislativo el señor Bethmont ha explanado su interpelación sobre el comité plebiscitario.

Tanto dicho señor en representación de la izquierda de la Cámara, como el Sr. Duvernois representando a la derecha, han criticado la actitud del Gobierno respecto al derecho de asociación.

El ministro de Justicia, Sr. Ollivier, ha contestado que el Gobierno aplazaba el debate del artículo 291 del Código penal que trata sobre el particular, y cuya modificación ha reclamado el Sr. Bethmont. Ha declarado empero que no ha llegado aún el tiempo oportuno de permitir la libertad de asociación para asuntos políticos. Terminó rogando a la Cámara que pasase pura y simplemente a la orden del día.

Así lo acordó aquella por una gran mayoría.

En la Bolsa se han cotizado:

El 3 por 100 español interior, a 26 3/4.

El 3 por 100 idem exterior, a 35 3/4.

El 3 por 100 francés, a 74 7/8.

El 4 1/2 idem, a 103-80.

LONDRES, 27.—Consolidados ingleses, de 94 3/8 a 112.

3 por 100 portugués, a 34-00.

3 por 100 español exterior, de 32 a 32 1/8.

Cambio sobre Lisboa, a 52 3/8.

FRANCOFORT, 27.—3 por 100 español exterior, a 29 13/16.

BOLSA DE HOY.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 27-40, 45 y 40; pequeños, 27-60; a plazo, 27-45 fin cor. fir.; 27-60 fin prox. fir.

Deuda del personal, a plazo, 25-00 fin prox. vol. prima de 25 cént.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, no publicado, 102-00 d.

Idem, id., de la 2.ª serie, no publicado, 97-80 d.

Bonos del Tesoro, de a 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 68-20 y 25; a plazo, 68-25 y 30, fin cor. vol.; 68-75 fin prox. vol.

Obras públicas de 4.ª de Julio de 1858 de 2,000 rs., no publicado, 53-00 d.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 reales, publicado, 50-50.

Idem, id., id., (nuevas) de 2,000 rs., publicado, 49-50.

Acciones del Banco de España, no publicado, 139 00.

BOLSAS EXTRANJERAS.

PARIS, 27.—3 por 100 interior español, a 26 3/4.

3 por 100 exterior español, a 31 3/4.

3 por 100 francés, a 74-75.

4 1/2 por 100 id., a 103-

Ayuntamiento de Madrid